

Se despidió de Higuanamota, jurándole de nuevo que volvería por ella.

La pobre niña comprendió el deber del guerrero, y tuvo valor para dejarle partir.

—Los guaninos que llevas al cuello,—le dijo Higuanamota,—te perservarán de la muerte. No habrá un solo indio que al verlos se atreva á disparar contra tí una sola flecha.

Guevara partió.

Al llegar á la colonia fué arrestado.

Roldan, el soldado á quien habia mandado preso á la fortaleza de Santo Tomás, se habia puesto de acuerdo con los tres camaradas que le habian conducido, y habia asegurado á Colon que, confabulado Guevara con Anacaona, de cuya hija se habia prendado, habia partido con ella á ponerse al frente de los indios para dirigirlos en el combate.

Guevara no ocultó á Colon el amor que le habia inspirado Higuanamota.

El almirante se preparaba á lidiar, y no estaba seguro de la fidelidad de aquel hombre, que se sentía poseido de una pasión tan vehemente hácia la hija de Caonabo.

No era posible evitar la lucha.

El almirante, con los suyos, se dispuso á salir al encuentro de los indios.

## Capítulo XXV.

La primera batalla en el Nuevo Mundo.

Llegó la hora del combate.

Anacaona cubrió su frente con la corona de los reyes, adornó su cuello con las cibas y las conchas sagradas, blandiendo en su diestra la flecha emponzoñada con la sangre de las serpientes de Guanigua.

Los caciques la aguardaban en el batey (N).

Un acontecimiento fatal aumentó la amargura de Anacaona.

Boechio su hermano habia espirado, y todos sus vasallos querían jurarle fidelidad como reina de Xaragua.

¿Qué era una gota más de sangre en el cáliz que la desgracia acercaba á sus labios?

Colocándose en medio de los caciques, los incitó á combate.

Allí estaban los feroces guerreros del Cibao, de Higüey, de Guahava, de Sabana, de Guacayarigua y



de Hamigayana, tribus salvajes que vivian en cavernas subterráneas ó en las cimas de las montañas inaccesibles.

—Es necesario,—dijo,—sacudir el yugo del extranjero. Caonabo gime en la prision; su hermano Manicaotex está tambien cautivo.

Boechio ha muerto.

Guacanajari, seducido por nuestros enemigos, nos ha abandonado.

Ha llegado el momento de perecer ó de salvar á la patria de nuestros antepasados.

Yo os guiaré el combate; yo lucharé á vuestro lado; los caciques, al frente cada cual de un numeroso ejército, se dirigirán á las llanuras del Bonaó.

Empezaba á anochecer, y los guias encendieron las caobas, antorchas de resina que derramaban un resplandor siniestro.

Anacaona volvió á su palacio.

Confió su hija Higuamota á sus servidoras, y dejando en oracion á las indias, partió á ponerse al frente del ejército.

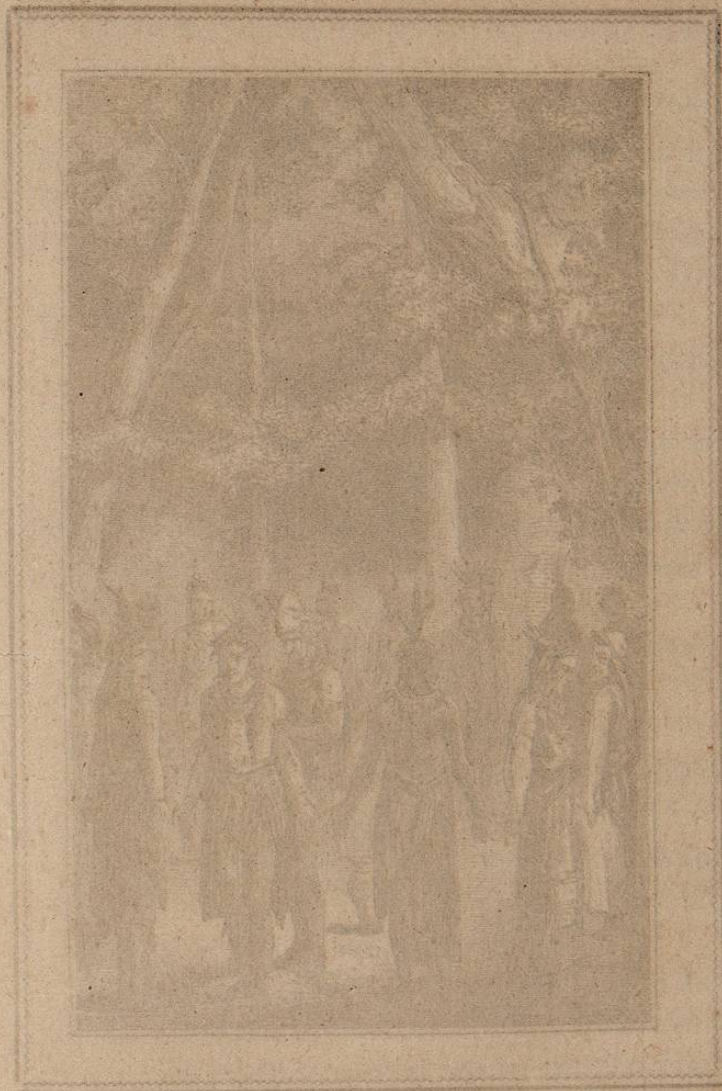
Mandaba Gayacoa en jefe, y á su lado caminaba Guarionex.

Sus tropas iban dirigidas por el feroz Mayabonex.

Los guerreros de Xaragua y los de las sierras del Nisao obedecian al anciano Biautex.

A su lado iba la tribu de los ciguayos, los más diestros lanzadores de flechas.

Umatax los dirigia.



CRISTÓBAL COLÓN.—Los guerreros formaron un ejército al-  
rededor, muchos unos de espaldas á la otra y otros de cara.





CRISTÓBAL COLON.—Los guerreros formaron un círculo alrededor, vueltos unos de espaldas á la olla y otros de cara.

Detrás marchaban las tribus del Cibao, ansiosas de librar de las cadenas ó Caonabo.

Unos iban armados con flechas, otros con macanas, algunos llevaban hondas, fabricadas con cortezas de majagua, y no pocos lanzas con huesos de manati, espinas de pescados ó dientes de caiman.

Entre todos los guerreros formaban una falange numerosa.

Los espías habían dado la noticia del número de soldados con que contaban los extranjeros.

Para contar tenían necesidad de granos de maiz.

Colocaban en una mano por cada soldado que veían un grano de maiz, y al ver los indios las escasas fuerzas con que contaba Colon, no pudieron menos de sonreirse.

¿Cómo tenía valor aquel puñado de hombres para luchar contra millares de guerreros?

—A las armas,—gritaron todos.

Iban á continuar la marcha, cuando Biautex:

—Deteneos,—exclamó.

Mandó colocar en tierra cuatro caobas, que no tardaron en formar una hoguera.

Todos permanecieron silenciosos.

El butio arrojó sobre la hoguera las hojas del sacrificio, y despues de permanecer algun tiempo en oracion, cogió un cántaro lleno de una materia viscosa, y colocándolo en el sitio que antes había ocupado la hoguera formada con las teas de caoba, los guerreros formaron un círculo alrededor, vueltos unos de espaldas á la olla y otros de cara, y de esta manera



se entregaron á un estrepitoso baile, al compás del canto de guerra.

Después uno á uno fué impregnando sus flechas y azagayas en el licor viscoso, que no era otra cosa que el producto de jugos de plantas y venenos de reptiles, con lo que las armas quedaron emponzoñadas.

Terminada la operación, —exclamó:

—Vamos á buscar la muerte. —Cuantos esfuerzos hagamos serán inútiles; la raza de Vagoniana vá á desaparecer de la tierra.

Los butios se adelantaron hácia donde estaba Biautex, y bebiendo en los güiros (Ñ), permanecieron también silenciosos algunos momentos, y confirmaron las palabras de Biautex.

—Si es preciso morir, moriremos, —exclamó Auacaona.

El ejército avanzó.

Colon, con sus soldados, les aguardaba en las llanuras de la Vega Real.

No podía ya sostener por más tiempo la política conciliadora que habia querido emplear para con los naturales del país.

Su enfermedad, las privaciones que sufrían los colonos, la ansiedad de los guerreros, todo le obligaba á resolver cuanto antes la cuestión, y se dispuso á emplear la fuerza, ya que la bondad habia sido estéril hasta entonces.

Entre todos los colonos que estaban en disposición de tomar las armas, no pudo reunir más que doscientos infantes y cincuenta ginetes.

Iban estos armados con espadas, flechas, lanzas y arcabuces.

Protegíales además de las flechas de sus adversarios la cota de malla y la armadura, sin embargo de poder emplear en su auxilio contra los indios los formidables perros de presa que tenían.

Los perros infundían á los naturales del país un verdadero pánico.

Como estaban desnudos, apenas los azuzaban los españoles contra ellos, corrían á su encuentro, clavaban sus agudos dientes en sus piernas, se lanzaban á su cuello, les tiraban en tierra y los devoraban.

Colon supo á un mismo tiempo, por Hernando de Guevara y por emisarios de Guacanajari, la coalición de todos los caciques, y su resolución de llegar hasta la colonia y darles la batalla decisiva.

Fiel Guacanajari á su promesa, envió al almirante gran número de sus vasallos para que luchasen á su lado.

No quiso el almirante aguardar á los indios en la Isabela.

Necesitaba para que maniobrasen sus guerreros ancho campo, y el 27 de Marzo del año 1495 salió de la colonia al frente de un pequeño ejército con su hermano Bartolomé; dejó en la colonia á los enfermos y á los débiles para que la defendieran; envió órdenes á Ojeda para que en caso necesario le prestase auxilio, y atravesando el camino llamado de los Hidalgos, llegó á la altura desde donde un año antes habia contemplado el precioso panorama que formaba la Vega Real.



La campaña en que iban á tomar parte los españoles era en extremo formidable.

Desde aquella altura pudieron ver las numerosas huestes de los indios, que llenaban todo el espacio con sus feroces gritos de guerra.

Los indios que le habia enviado Guacanajari formaban á lo lejos la retaguardia.

Bartolomé aconsejó á su hermano, como medio eficaz de destruir aquel formidable ejército, que dividiera sus tropas en muchos, aunque pequeños destacamentos, para acorralarlos, y al mismo tiempo, por distintas partes, caer sobre ellos con denodado empuje, sin darles tiempo para reponerse del primer ataque.

Pareció al almirante muy prudente esta táctica, y dividiendo la infantería en veinte columnas, bajó con ellas á la Vega.

Los ginetes, divididos tambien en grupos, formaban la vanguardia. El ataque fué obra de un instante.

Cuando ménos lo esperaban los indios, llegó á su oído el estrépito de los tambores y trompetas.

Siguió instantáneamente á este rumor el de los disparos de los arcabuces.

Los ginetes desbarataron los grupos de indios.

Veinte perros de presa cayeron con furia sobre los infelices habitantes de Haiti, y sobrecogidos todos al ver caer á centenares á sus hermanos, al sentir las heridas que producian las armas de los españoles en ellos, al ver los destrozos que causaban los perros, por más que los caciques quisieron contener á los indios, les fué de todo punto imposible.

Los que no caian heridos, corrian á refugiarse en las cavernas y en los pliegues de las montañas.

Al mismo tiempo se lanzó sobre ellos de improviso Alonso de Ojeda con los soldados del fuerte de Santo Tomás, y en ménos de una hora aquel puñado de europeos derrotó por completo un ejército de más de veinte mil hombres.

Gayacoa y Guarionex, á pesar de su valor, tuvieron que huir amedrentados.

Mayabonex y Guaorocaya, cubiertos de heridas, cayeron en tierra.

Los caciques de las tribus de Guarionex, y más de dos mil indios, estaban en poder de los extranjeros.

Los indios de las sierras del Nisao salvaron á Biau-tex de la muerte.

Los vasallos de Anacaona, cogiéndola en sus hombros, corrieron con ella para librarla de los enemigos y la ocultaron en la caverna de Cacibaxagua.

Los prisioneros imploraban la piedad de los españoles.

La profecía se habia cumplido.

Colon habia colocado en su cuello el dogal de la esclavitud.

Los restos del ejército haitiano, ó gemian en la esclavitud, ó vivian ocultos en las espesuras de los bosques.

El verdadero señor de Haiti era Colon, el cual, despues del triunfo, recorrió toda la isla, estableciendo fuertes en los puntos más estratégicos, para someter á su voluntad á todos los habitantes del país.